

Por su parte, la delatora, dándose cuenta de que la había calumniado por animosidad, horrorizada ante aquella abominación, a impulsos de un arrepentimiento tardío, no sabiendo tampoco resignarse, cogió una soga y se ahorcó.

Las monjas refirieron el hecho al presbítero cuando fue éste al monasterio. Y ordenó que no se celebrara la oblación por ninguna de ellas. Y en cuanto a las que por una pasividad culpable no habían hecho nada por conciliarlas, las separó por espacio de siete años y las privó de la comunión⁴ por haber sido cómplices de la delatora y haber dado crédito a su calumnia.

NOTAS

1. Tres monasterios de mujeres había emplazados en Tabennes, Tebas. Se regían por la Regla de San Pacomio, padre de Cenobitismo. Había fundado él mismo el de Tismene, que es del que se trata seguramente aquí.

2. Es notorio que en tiempo de San Juan Crisóstomo (354/407) se cantaban en los funerales los salmos 115, 22 y 33.

3. ραπτοῦζ sastres, modistas (“sutores”), es decir, religiosas destinadas *ad hoc* que confeccionaban los hábitos y demás prendas de vestir de las monjas. Propiamente la novicia habla de *sastres* en masculino, pero se trata evidentemente de religiosas.

4. Lo cual importaba una verdadera excomunión, con todo el inexorable rigor que caracterizaba las excomuniones de los antiguos monjes. Véase, por ejemplo, San Benito, Regla, capítulos 25 y 44.

CAPÍTULO XXXIV

DE UNA RELIGIOSA QUE SIMULABA LOCURA

En este mismo monasterio hubo otra que fingía haber enloquecido y estar poseída del demonio. Las demás la aborrecían de tal manera que ninguna quería comer a su lado; cosa que ella prefería.

Iba de una parte a otra de la cocina y hacía toda suerte de trabajos, y era, como suele decirse, el “estropajo” del monasterio. Cumplía a la letra con obras lo que dice la Escritura: “Si alguno de vosotros quiere ser sabio en este mundo, que se haga necio para llegar a ser sabio”¹.

Se ataba unos trapos a la cabeza, y así servía a las demás. Las otras iban rapadas y usaban cogullas.

De las cuatrocientas, ninguna la había visto comer en todos los años de su vida monástica. Jamás se sentó a la mesa ni tomó un pedazo de pan, pues le bastaban las migajas que recogía de las mesas y rebañaba las cazuelas que fregaba. Por lo demás, nunca ofendió a nadie, ni murmuró, ni habló poco ni mucho, a pesar de ser golpeada, injuriada, maldecida y ser objeto de aversión.

REVELACIÓN DEL ÁNGEL A PITERO

Pues bien: un ángel se le apareció al santo varón Pítero², anacoreta que vivía en Porfirites³ hombre de virtud probada, y le dijo: “¿Por qué te envaneces de tu vida religiosa y de habitar en este lugar? ¿Quieres ver a una mujer más virtuosa que tú? Ve al monasterio de mujeres de Tabennesis y verás a una que lleva una venda en la cabeza; ésa es más perfecta que tú. Porque, contra tantas, jamás ha aparta-

do de Dios su corazón; tú, en cambio, instalado aquí, vagabundeas por las ciudades con el pensamiento”.

Entonces Pitero, que no había salido nunca de su retiro, se encaminó al monasterio. Al llegar, le pidió a los instructores⁴ que le dejaran entrar en el monasterio de mujeres. Ellos le franquearon la entrada con confianza, por ser conocido y además viejo.

Habiendo penetrado en el recinto, solicitó verlas a todas. Y así le fue concedido, mas aquella a quien buscaba no comparecía. Por fin les dijo: “Haced que vengan todas, pues falta una”. A lo que contestaron: “Hay otra en la cocina, una *salé*⁵, es decir, una loca, pues así solemos denominarlas a las tales”. “Traedme también a ésa –insistió Pitero– para que la vea”. Y fueron por ella.

Pero, tal vez sospechando de qué se trataba o habiendo tenido revelación de ello, no quiso la monja obedecer. La arrastraron con violencia, mientras le decían: “El santo Pitero quiere verte”. Porque era muy conocido el nombre del varón de Dios.

No bien estuvo en su presencia, contempló el anciano el pañuelo que llevaba en la frente, y postrándose a sus pies, le dijo: “Bendíceme”. Asimismo ella postróse a sus pies y dijo: “Tú debes bendecirme a mí, Señor”.

Entretanto las otras, fuera de sí de coraje, le decían: “Padre, no hagáis caso de esa injuria, es una *salé*”. Pero Pitero, reaccionando vivamente, les dijo: “Vosotras si sois *salé*; ella, en cambio, es nuestra *amma*⁶ mía y vuestra –pues este nombre se le da a las que siguen la vida espiritual–, y suplico al Señor que en el día del juicio sea yo hallado digno de ella”. Al oír estas palabras, consternadas, se echaron todas a los pies del anciano, acusándose a porfía de diferente ultrajes: una, de haber derramado sobre ella agua sucia; otra, de haberla golpeado a puñetazos; la otra, de haberle espolvoreado con mostaza la nariz; en suma, todas confesaban atropellos e insultos distintos.

El viejo, al oír tales confesiones, hizo oración por ellas y partió.

Al cabo de unos días, la presunta demente, no pudiendo soportar la estima y el honor que le mostraban sus hermanas, y abrumada por tantas atenciones, abandonó el monasterio. Nunca más se ha sabido adónde fue ni cuál fue después su paradero, ni ninguna circunstancia de su muerte.

NOTAS

1. *1 Cor* 3, 18.
2. No es indudable que este Pitero sea Pityrion, discípulo de Antonio, de que habla la *Historia de los monjes*, 17 (*PL* 21, c. 432).
3. Colina, “mons Porphyrites”, hoy Gêbel Doukhân, cerca del mar Rojo.
4. διδασκαλους, instructores, preceptores o maestros. A la cabeza de los monasterios femeninos, Pacomio, y luego su sucesor Teodoro, pusieron a un monje anciano y prudente, cuyo cometido era instruirlos y explicarles la Sagrada Escritura. Tenía como socios o ayudantes a otros monjes para los oficios divinos y demás servicios necesarios para las religiosas.
5. σαλη *salé*, sinónimo de loco o demente. Los ascetas solían aplicárselo a sí mismos por humildad.
6. αμμας madre o abadesa, correlativo de αββα, abad o padre, de los monjes.

CAPÍTULO XXXV

EL ANACORETA JUAN DE LICOPOLIS

Hubo en Licópolis un hombre llamado Juan ¹, que se había dedicado desde su adolescencia a la carpintería. Tenía un hermano que era tintorero. Más tarde, cuando contaba ya veinticinco años, renunció al mundo.

Después de pasar cinco en diversos monasterios se retiró a la montaña de Lico ². Allí se construyó tres celdas abovedadas, en las cuales se recluyó. Una celda la reservaba para los menesteres corporales; otra para el trabajo y comida, y la tercera hacía las veces de oratorio par la oración.

Al cabo de treinta años de completa clausura, pues siempre había recibido las cosas necesarias por una ventana, de manos de la persona que le asistía, se hizo acreedor del don de profecía.

Entre otras predicciones, envió varios mensajes al piadoso emperador Teodosio ³, y a propósito del tirano Máximo, que después de haberle vencido volvió a las Galias. De igual modo le proporcionó preciosas noticias por lo que se refiere al tirano Eugenio.

Como consecuencia de esto, la fama de su virtud se extendió por todas partes.

NO NECESITAN DE MÉDICOS LOS SANOS, SINO LOS ENFERMOS

Estando nosotros en el desierto de Nitria —quiero decir yo y los que vivían con el bienaventurado Evagrio— tratábamos de averiguar en qué consistía la virtud de este varón Juan. Comenzó Evagrio con

estas palabras: “Me gustaría saber de aquel que supiera valorar la inteligencia y la razón, a qué categoría pertenece este hombre. Puesto que si no puedo verle con mis propios ojos, y sí oír referir de un tercero la narración exacta de su estilo de vida, no me será necesario ir hasta la montaña en donde vive”.

Al oír esto, estuve yo (Paladio) todo un día sin decir palabra a nadie. Al día siguiente cerré la celda, confiándola, como a mí mismo, a la protección de Dios y emprendí el viaje a marchas forzadas a la Tebaida.

Llegué a mi destino al cabo de dieciocho días, unas veces yendo a pie y otras en lancha por el río. Era precisamente el tiempo de las crecidas, cuando muchos caen enfermos ⁴, y yo no fui, por cierto, una excepción.

Llegué, pues, allí, y encontré cerrado el vestíbulo de su celda (pues últimamente los hermanos habían construido uno muy grande capaz de contener unas cien personas). Lo cerraban bajo llave, pero lo abrían los sábados y domingos. Informado del motivo por que estaba cerrado, esperé pacientemente hasta el sábado.

ENTREVISTA CON JUAN DE NICÓPOLIS

Al presentarme a la segunda hora para la entrevista, le hallé sentado junto a la ventana, desde donde parecía consolar a la concurrencia. Después de cambiar unas palabras de saludo, me dijo por medio de un intérprete ⁵: “¿De dónde eres? ¿A qué has venido aquí? Es fácil conjeturar que eres de la comunidad de Evagrio”. “Soy un extranjero –respondí– oriundo de Galacia”. Y confesé también que vivía en compañía de Evagrio.

Mientras estábamos hablando, se presentó el gobernador del país, que se llamaba Alipio ⁶. Juan cortó su conversación conmigo para dirigirse a él. Me aparté, pues, un poco, para dejarles lugar, y me mantuve a cierta distancia, de pie. Como su conversación se prolongaba, empecé a impacientarme, y desanimado, murmuré interiormente contra el buen anciano, pues me había dejado a mí para atender y distinguir al otro. Despechado por eso, estaba ya dispuesto a irme desdeñando al viejo. Mas éste llamó entonces al intérprete, llamado Teodoro, y le dijo: “Ve, dile a ese hermano que no sea pusilánime y no se impaciente, que ahora mismo despido al gobernador y le aten-

deré”. Entonces creí a pie juntillas que era un varón inspirado, y resolví aguardar pacientemente.

Cuando hubo salido el gobernador, me llamó y me dijo: “¿ Por qué te has sentido herido por mi conducta? ¿Qué has hallado digno de censura? Has pensado cosas que no tienen que ver conmigo ni cuadrarán tampoco con tu condición. ¿No sabes que está escrito: “No necesitan de médico los sanos, sino los enfermos?”⁷. Yo te encuentro a ti cuando quiero y lo mismo tú a mi. Y si yo no te atendiera, lo harían otros hermanos y otros padres. Este, en cambio, es una víctima de Satanás a causa de su vida mundana, y al disponer de una hora para respirar libremente, a la manera de un esclavo que huye de su amo, ha venido en busca de auxilio. No hubiera sido, pues, razonable, dejarle a él para atenderte a ti, que tienes tiempo continuamente para ocuparte de tu salvación”.

Así, pues, le supliqué que orase por mí y me persuadí una vez más que era un varón inspirado. Entonces, sonriendo, con su mano derecha me abofeteó dulcemente en la mejilla y exclamó:

“NINGUNO QUE HA PUESTO LA MANO EN EL ARADO Y MIRA ATRÁS ES DIGNO DEL CIELO”

“Te esperan muchas tribulaciones y has sido muy combatido para forzarte a abandonar el desierto; te has mostrado tímido y has contempORIZADO con ello. El demonio te halaga nuevamente con pretextos piadosos y al parecer razonables. Te ha sugerido, por ejemplo, un deseo ardiente de volver a ver a tu padre y de instruir a tu hermano⁸ y a tu hermana en la vida monástica. Pues bien, te comunico una buena noticia: ambos se han salvado porque renunciaron al mundo. En cuando a tu padre, tiene fuerzas suficientes para vivir aún muchos años. Persevera, pues, en el desierto y no vuelvas a tu patria por causa de ellos, pues está escrito: “Ninguno que ha puesto la mano en el arado y mira atrás sirve para el reino de cielo”⁹.

Confieso que me llegaron al alma aquellos consejos. Me sentí confortado, y di gracias a Dios con todo mi corazón al saber que ya no existían los pretextos con que el enemigo pretendía poner trabas a mi carrera.

Luego añadió con gracejo: “¿Quieres ser obispo?”¹⁰. “Ya lo soy” –le dije–. “¿De dónde?” –replicó él–. “De las cocinas –respondí yo–, de las bodegas, de las mesas, de la vajilla; tengo a mi cuidado todo eso, y cuando un vino se agría lo pongo aparte y me bebo el bueno. Me encargo también de la olla, y si alguna vez falta sal o cualquier otro aliño, se lo echo y lo condimento, y así me lo como. Tal es mi obispado; porque quien me impuso las manos fue la glotonería”.

Entonces me dijo sonriendo: “Déjate de chanzas; serás ordenado obispo, tendrás que soportar muchas tribulaciones y fatigas; por tanto, si quieres evitarlas, no abandones el yermo, como quiera que en él nadie puede ser nombrado obispo”.

Dejé al anciano para volver al desierto, mi residencia habitual, y lo conté todo a los Padres. Estos, al cabo de dos meses zarparon en una nave y fueron a visitarle. Yo, en cambio, eché en olvido sus palabras.

En efecto, después de tres años contraí una enfermedad que me afectó al bazo y al estómago. Los hermanos me enviaron a Alejandría, y me sometí al régimen de los hidrópicos. De Alejandría, a causa de la inclemencia de los aires, los médicos me aconsejaron trasladarme a Palestina, pues el clima de allí es más templado y más de acuerdo con nuestra constitución¹¹. De Palestina pasé a Bitinia, y una vez aquí –no se cómo, si por afección humana o por benevolencia del Todopoderoso, Dios lo sabe– se me hizo acreedor a la imposición de manos, al situarme sin querer en las circunstancias previstas por el bienaventurado Juan¹².

Durante once meses permanecí oculto en una celdita oscura recordando a aquel bienaventurado anciano que me había profetizado lo mucho que tenía que sufrir. Y con todo, para infundirme aliento y con ánimo de inducirme con su relato a soportar el rigor del desierto, me decía a mí mismo de esta guisa: “He vivido cuarenta y ocho años en esta celda. Jamás vi en este tiempo rostro de mujer ni efigie de monea; no he visto a nadie ni nadie me ha visto nunca comer ni beber”.

PREDICCIONES A PAMENIA

Cuando la sierva de Dios Pamenia fue a visitarle, tampoco quiso comparecer delante de ella; pero le hizo confidente de algunos secre-

tos. Juan la recomendó que volviendo a la Tebaida, no pasara por Alejandría: “De lo contrario –dijo– tendrás que arrostrar muchos sin-sabores”. Ella, empero, o por no prever las cosas de su itinerario o por olvido, se embarcó para Alejandría con ánimo de visitar la ciudad.

Durante la travesía sus buques atracaron cerca de Nicópolis¹³ para descansar. Sus criados que habían desembarcado tuvieron, a raíz de una disputa, una dura refriega con los indígenas, que son gente belicosa. Estos cortaron un dedo a un eunuco, mataron a otro, e inclusive sin advertirlo, arrojaron al río al santo obispo Dionisio de Alejandría¹⁴. Y por si eso fuera poco, llenaron de insultos y amenazas a Pamenia, después de haber herido al resto de la servidumbre.

NOTAS

1. Hubo varios monjes de este nombre. Paladio se refiere aquí al que murió en 394 ó 395. Paladio abandonó Egipto en 399 y fue nombrado obispo en 400. Su visita a Juan de L. ocurriría en el verano de 394. Indudablemente, es una de las figuras más destacables del monacato egipcio.

2. En la Tebaida, como Licópolis, cerca de la actual Assiût, patria de Plotino.

3. Hecho que registran la mayoría de los historiadores contemporáneos.

4. A causa del paludismo producido por el estancamiento de las aguas en zonas adyacentes al Nilo.

5. Acaso por el dialecto copto saídico que usaba Juan, correspondiente al bajo Egipto. Probablemente Paladio conocía el copto, pero en su forma dialectal bohafrica, hablada en el alto Egipto.

6. Se le ha identificado con Faltonio, Probo Alipio, prefecto de Roma en 391 y vicario de Egipto, pero erróneamente, pues la cronología no lo consiente.

7. *Lc* 5, 31.

8. Es decir, a Briso, a quien menciona Paladio en su obra *Dialogus de vita S. Joannis* (PG. 47, 5/82).

9. *Lc* 9, 62.

10. επισχοπος de πει y σχοπεω, inspeccionar, velar sobre, atender a encargarse de. Se trata de un juego de palabras, pues la voz griega designa al que inspecciona o vela sobre algo, como el obispo sobre su grey.

11. La temperatura media del año en Jerusalén es de 1702 y de 2505 en el litoral.

12. Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla (347/407).

13. Ciudad del Delta, hoy Menuí.

14. Así traducimos, según la versión siríaca, que agrega “Alejandría”.

CAPÍTULO XXXVI

ESPIRITU DE PROFECIA DE POSIDONIO

En lo tocante a las muchas cosas –y ciertamente difíciles de narrar– de Posidonio de Tebas, como por ejemplo su admirable mansedumbre, su ascetismo eminente y la gran inocencia de su alma, no se si jamás me he visto en mayor dificultad.

Viví con él por espacio de un año en Belén, cuando se había establecido más allá del Pamenio ¹, y por eso tuve oportunidad de verle y ser testigo de vista de sus muchas virtudes.

Entre otras cosas, él mismo me refirió un día lo siguiente:

“Durante un año en que viví en la región de Porfiritas, no vi a persona viviente, ni oí ninguna conversación, ni probé el pan, sino que me alimentaba sólo de unos dátiles y de hierbas silvestres, si las hallaba.

Una vez me faltaron los víveres y salí de mi gruta para irme a tierra habitada. Pese a que había caminado toda la jornada, apenas si me alejé dos millas de la cueva. Explorando con los ojos en derredor mío, divisé a un jinete que tenía el aspecto de soldado, y llevaba un casco en forma de tiara en la cabeza. En la creencia que era un soldado desanduve el camino y emprendí precipitadamente la fuga hacia la gruta. Entonces encontré en el umbral un cesto de uvas e higos frescos. Lo cogí, y más que contento entré de nuevo en la gruta, y durante dos meses dispuse de estos víveres para reparar mis fuerzas”.

Y he aquí el milagro que obró Posidonio en Belén:

Una mujer que estaba encinta fue acometida del espíritu impuro. Al tiempo de dar a luz se ofreció un parto difícil, pues el espíritu la torturaba despiadadamente. Mientras la mujer era atormentada así por el demonio, su marido fue en busca del santo varón Posidonio y le rogó que se dignara ayudarles.

Mientras nosotros, pues, entrábamos y hacíamos oración juntos, él se quedó de pie orando; a la segunda genuflexión quedó expulsado el espíritu maligno. Al levantarse nos dijo: “Orad, porque en este momento deja el espíritu su mansión. Pero habrá una señal evidente para que nos convenzamos de ello”. En seguida, el demonio salió de la mujer y derribó todo el muro del cercado desde los cimientos. En cuanto a la mujer, hacía seis años que no podía articular palabra; más después de haber salido el demonio de ella, dio a luz a su hijo y al punto recobró el uso de la palabra.

CELOS DEL PRESBITERO JERÓNIMO

También conocí de este varón la siguiente profecía: Vivía en aquella comarca un tal Jerónimo², presbítero ilustre por sus vastos conocimientos de la literatura romana y por su talento natural. Mas sus celos y envidia que sentía de los demás eclipsaban el valor literario que poseía.

Posidonio, que había convivido mucho tiempo con él, me dijo al oírlo: “La noble Paula³, que le atiende, morirá antes, y se verá libre de sus celos, según creo. A causa de este hombre ningún otro santo varón podrá vivir en estos lugares, pues su envidia alcanzará incluso a su propio hermano”.

También en esto su vaticinio se cumplió. En efecto, Jerónimo rechazó al bienaventurado Oxiperenti el Itálico, a un tal Pedro, egipcio, y a Simón (varones admirables a los que no me había referido hasta ahora)⁴, y con quienes no pudo Jerónimo convivir.

Este mismo Posidonio me contaba que hacía cuarenta años no había probado el pan, y que no había experimentado resentimiento contra nadie, que durase siquiera medio día.

NOTAS

1. Paladio pasó un año en Belén junto a Posidonio, entre el 392 y 404 (muerte de Paula) probablemente 399/400 (cf. BUTLER, II, 223). En cuanto al Pamenio, que significa “Campo de los pastores”, se halla a dos km. al este de Belén: allí se hallaba el monasterio de Casiano cuando hizo su gira por Palestina hacia el año 419.

2. San Jerónimo, nacido hacia el 340 en Estridón de Dalmacia, fue a Roma en 382, y en 385 afincó en Belén con Paula y Eustoquio. Paula murió en 404. Eustoquio en 419 y Jerónimo en 420. Varias razones explican la enemistad entre Paladio y Jerónimo. La más convincente parece ser el hecho de que seguían diferentes partidos en las divisiones eclesiásticas del siglo v: Paladio sustentaba la causa de San Juan Crisóstomo y San Jerónimo y San Epifanio la de Teófilo de Alejandría.

3. Paula de noble linaje, tuvo tres hijos, de los cuales Toxotus conoció a Paladio en Roma en 405. Paula fue enterrada en la iglesia de la Natividad, donde San Jerónimo compuso su epitafio.

4. Y que no conocemos por otras referencias.

CAPÍTULO XXXVII

SERAPION EL SINDONITA

Existió también otro asceta, por sobrenombre Serapión ¹, a quien se le denominaba asimismo con el apelativo de Sindonita, porque siempre llevaba por única indumentaria una sábana maltrecha y harapienta.

Practicó una pobreza extrema, y era hombre muy culto ²: había aprendido de memoria las Sagradas Escrituras.

A causa de este excepcional desdén de la fortuna y de la meditación de las Escrituras, no pudo resistir la soledad de la celda, no por afición a las cosas materiales, pues yendo por el mundo practicó a la perfección esta virtud, sino que más bien había nacido con este temperamento. Hay, como es sabido, diferencias en el modo de ser, pero no de esencias.

Contaban, pues, los Padres que habiendo tomado a cierto asceta por compañero ³, se vendió en una ciudad a unos cómicos griegos por veinte monedas. Guardó el dinero bajo sello, y desde entonces perseveró al servicio de los comediantes que le habían comprado, hasta que los hubo convertido al cristianismo ⁴ y les hizo alejarse del teatro.

No tomaba más que pan y agua, y sólo permanecía en silencio cuando estaba absorto en la meditación de las Sagradas Escrituras.

Después de mucho tiempo, el primero que se sintió atraído a su vida fue el comediante, más tarde su esposa y finalmente toda la familia. Se dice que mientras no le conocían lavaba los pies a los dos. Pero cuando ambos recibieron el bautismo abandonaron las representaciones teatrales y vivieron honesta y religiosamente y veneraban a Serapión en extremo.

Un día le dijeron: “Hermano, te ponemos en libertad, puesto que tú nos has librado de una vergonzosa esclavitud”. “Ya que ha obrado la gracia de Dios, respondió, y habéis salvado vuestras almas, quiero manifestaros el misterio de mi conducta. Me compadecí de vuestra alma y a pesar de ser asceta y egipcio de raza, y de libre condición, me vendí para intentar salvaros. Ya que Dios ha obrado así y os habéis salvado por virtud de mi bajeza, tomad vuestro oro para que pueda irme a ayudar a otros”.

Mas ellos, insistiendo, le aseguraron: “Te consideramos como padre y señor, quédate con nosotros”. No pudiendo persuadirle. Entonces le dijeron: “Da el dinero a los pobres, pues has sido para nosotros prenda de salvación. Y aunque no sea más que una vez cada año, dignate visitarnos”.

EN MANOS DE TRES USUREROS

En una de sus frecuentes peregrinaciones arribó a Grecia, y en los tres días de estancia en Atenas nadie quiso darle un pedazo de pan; en realidad no llevaba dinero, ni alforja, ni melote, ni nada. El cuarto día tuvo mucha hambre. Y el hambre involuntaria es terrible, sobre todo si va acompañada de falta de crédito ⁵.

Subió a una pequeña colina de la ciudad, donde se congregaban las autoridades y personas distinguidas de la población y empezó a lamentarse dando palmadas y gritando: “¡Atenienses, auxilio!”

Mucha gente envuelta con el manto raído de filósofo y con la casaca campesina ⁶ se dirigió apresuradamente a él, y le preguntaron: “¿Qué tienes? ¿De dónde eres? ¿Qué te pasa?” “Soy egipcio –les respondió–; que desde que me alejé de mi verdadera patria, he caído en manos de tres usureros. Dos de ellos, desinteresados de su crédito, me han dejado ya, puesto que no puede reclamar nada; pero el tercero no quiere dejarme”. Aquellos, ávidos de saber quiénes eran los usureros para hacerles ceder, le preguntaban: “¿Dónde están y quiénes son? ¿Quién es el que te importuna? Enséñanoslo para que podamos ayudar”.

Entonces él les dijo: “Desde mi juventud me han importunado la avaricia, la glotonería y la lujuria; he conseguido deshacerme de dos; la avaricia y la lujuria, estas ya no me molestan; pero no puedo deshacerme de la tiranía del hambre. Hace cuatro días que no he

comido nada y el estómago no deja de acosarme y exigir su deuda habitual, sin lo cual no puedo vivir”.

Entonces algunos filósofos, sospechando que se trataba de una escena para impresionarles, le dieron una moneda. La aceptó, la dejó en una panadería y habiendo tomado sólo un pan se retiró, marchando de la ciudad, sin volver la cabeza hacia ella. Entonces los filósofos conocieron que se trataba de un hombre verdaderamente virtuoso, por lo que, abonando al panadero el importe del pan, tomaron la moneda.

Se dirigió entonces Serapión hacia la comarca de Lacedemonia; allí oyó decir que uno de los principales de la ciudad era maniqueo⁷, que vivía con toda su familia, aunque, por otra parte, era hombre virtuoso. De nuevo se vendió a él como lo había hecho anteriormente con los comediantes. Al cabo de dos años, logró arrancarle de la herejía junto con su esposa, haciéndoles entrar en el seno de la Iglesia. Le amaban y le tenían no en calidad de esclavo, sino como un hermano o como un padre, y alababan a Dios.

ES NECESARIO VERTE, YA QUE DIOS ME HA ENVIADO

En cierta ocasión subió a una nave que tenía que navegar rumbo a Italia. Los marineros, pensando que ya había pagado el importe o que tendría en oro el precio del pasaje, le admitieron a bordo sin más indagaciones, creyendo uno por otro que habían recibido su bagaje.

En alta mar, a unos quinientos estadios de Alejandría, los pasajeros empezaron a comer, y después de haberlo hecho la tripulación, observaron que el primer día no comía, y lo atribuyeron al mareo; lo mismo ocurrió el segundo, tercero y cuarto día. Al quinto se percataron de que mientras todos comían, él permanecía sentado apaciblemente. Entonces le dijeron: “Buen hombre, ¿por qué no comes?” “Porque no tengo nada” —les respondió—.

Y se preguntaban unos a otros: “¿Quién ha recibido su pasaje y el importe?” Al ver que nadie daba razón de ello, empezaron a ponerle dificultades y decirle: “¿Po qué te has embarcado sin pagar? ¿Con qué cuentas para saldar lo que nos debes? ¿Cómo te las vas a ingeniar para mantenerte?” “Yo no poseo nada —les dijo—, regresad y arrojadme donde me habéis encontrado”. Pero ellos ni por cien piezas de oro habrían accedido, pues estaban llegando a su destino. De este modo permaneció en la nave y tuvieron que mantenerlo hasta su llegada a Roma.

Una vez en la capital se las arregló para conocer a algún asceta notable de la ciudad, hombre o mujer. Entre los que encontró se hallaba Dominus ⁸, discípulo de Orígenes, cuyo lecho ha curado enfermos después de su muerte. Trabajó amistad con él y le aprovechó bastante, puesto que era varón refinadísimo en la moral y en la ciencia. Habiéndose informado por él de si existía otro asceta hombre o mujer, se le indicó que había una virgen solitaria que evitaba el trato de las gentes.

Después de conocer dónde vivía se dirigió rápidamente a su casa, y dijo a la vieja que hacía las veces de criada: “Di esto a la virgen: Me es necesario verte, ya que Dios me ha enviado”.

Después de esperar dos o tres días, finalmente pudo verla y le dijo: “¿Por qué estás sentada?” “No estoy sentada, sino que viajo”. “¿Hacia dónde viajas?” “Hacia Dios”. “¿Estás viva o estás muerta?” “Creo, según Dios, que estoy muerta, porque no hay ser viviente que esté en la carne que pueda recorrer este camino”. “Si quieres convencerme de que estás muerta, haz lo que yo hago”. “Mándame cosas posibles y las haré”. “Para un muerto –le dijo él– todo es posible menos ser impío”. Y añadió: “Sal, pues y muéstrate en público”. “Hace veinticinco años que no salgo: ¿para qué debo hacerlo ahora?” “Si estás muerta para el mundo y el mundo para ti, es lo mismo salir que no salir. Preséntate, pues, en público”.

Ella obedeció, se mostró públicamente, y después de salir a la calle y de llegar a una iglesia, él le dijo una vez en el templo: “Si quieres convencerme de que estás realmente muerta y de que no vives para complacer a los hombres, haz lo que yo hago y sabré que has muerto al mundo. Quítate como yo todos los vestidos, pónelos sobre los hombros y cruza la ciudad; yo iré delante de ti en esta misma actitud”. Mas ella replicó: “Escandalizaré a las gentes con mi indecencia y podrán decir: Está loca y poseída del espíritu”. Y él respondió: “¿qué te importa a ti si dicen “está loca y endemoniada”? ¿No estás muerta para ellos?” “Si quieres otra cosa –le dijo ella– la haré; pero no soy capaz de eso, ni pretendo haber llegado todavía a este punto”. Entonces él le contestó: “Ya ves, pues; no te enorgullezcas más de ti misma, como si fueras más religiosa que los demás y estuvieras muerta para el mundo. Yo estoy más muerto que tú y muestro con obras que lo estoy de veras, pues hago esto con total indiferencia y sin ruborizarme”. Y se fue de allí después de dejarla humillada y haber quebrantado su orgullo ⁹.

Son innumerables las otras acciones dignas de admiración que hizo como muestra de impasibilidad¹⁰. Murió a los sesenta años de edad y fue enterrado en la misma Roma¹¹.

NOTAS

1. Serapión el Sidonita es el más célebre de entre los ocho personajes de este nombre. Paladio cita, además de él, a otro Serapión el Grande, de Nitria (cc. 7 y 46). Se ha creído que el Sindonita es el que convirtió a la pecadora Thais, y no Pafnucio (PL, 73, 66/68), pues se han hallado en Antinoe sepulcros que parecen corresponderles, aparte de una inscripción que abona la tesis.

2. Así traducimos el término *αγραμματος*. Otros, los menos, opinan que debe significar “iletrado”. Seguimos aquí a Butler y Lucot: “bon lettré” (*op. cit.*, p. 253).

3. Imposible identificarlo, a menos que suscribamos meras conjeturas nada viables y, por lo mismo, insatisfactorias.

4. *χριστιανουζ*, a la letra, “los hizo cristianos”. Véase nuestra nota 3 al c. 54, a propósito de “cristiano” en Paladio.

5. A causa de un exterior descuidado y poco recomendable que raya en lo sospechoso.

6. *τριβωνοφοροι*, dice Paladio, refiriéndose propiamente a una indumentaria vieja y desaliñada, propia de los filósofos cuya negligencia en el vestido era proverbial; y *βιρροφοροζ*, describiendo una prenda de vestir propia de soldados y obreros compuesta por una capa corta de tejido ordinario, con una capucha que caía sobre la espalda para cubrirse (cf. la versión latina: *qui pallium gestabat ut byrrum*).

7. De la secta religiosa de Menes (216/276), más budista y caldeobabilónica que cristiana.

8. Se ha creído ver en este personaje al sacerdote que con este nombre registra el Martirologio Romano el 28 de dic., y que conoció a San Jerónimo.

9. Con razón anota Migne *mirandum hoc, non imitandum* (“cosa admirable, pero no imitable”). Un hecho análogo, sin embargo, se lee en la vida de san Felipe Neri (1515/1595) (cf. H. JOLI, *Psich. des saints*, p. 63).

10. *ἄπθειαν*, impasibilidad o superación absoluta de las pasiones, ideal supremo del yermo, según hemos anotado ya. Por este episodio insólito puede comprenderse qué se entendía por esa impasibilidad que constituía el término de la vida ascética. Aunque descartando el aspecto de exageración que entraña el relato, la *apázeia* cobra todo el carácter de indiferencia absoluta ante el respeto humano y ante las cosas de este mundo, y ese dominio soberano que, según la mentalidad de los monjes, se aproximaba a la tranquilidad augusta de Dios.

11. La *Vita* siríaca de Serapión dice que éste tornó de Roma a Egipto, se dirigió al monasterio de san Pacomio, cerca de Antineo, y allí murió (cf. BUTLER, I, p. 100).

CAPÍTULO XXXVIII

EVAGRIO, MAESTRO DE PALADIO

Sería injusto pasar en silencio lo relativo al ilustre diácono Evagrio¹, varón que imitó a los apóstoles en su vida. Por eso tengo que ponerlo por escrito para edificación de los lectores y para que redunde en gloria y alabanza de la bondad de nuestro Salvador.

Creo conveniente narrar desde el principio cómo logró su designio y cómo, avanzando día tras día en la práctica del ascetismo, murió dignamente en el desierto a la edad de cincuenta y cuatro años, según aquello que está escrito: “En poco tiempo hizo labor de muchos años”².

Oriundo de la ciudad de Iborá³, en el Ponto, era hijo de un obispo auxiliar⁴. San Basilio, obispo de la iglesia de Cesárea, le ordenó de lector⁵. Después de la muerte de San Basilio, Gregorio de Nacianzo, sabio obispo y hombre en extremo impasible⁶, que sobresalía por su vasta cultura, habida cuenta de las raras aptitudes del joven lector, le ordenó de diácono. Luego, en el gran Concilio de Constantinopla⁷ lo confió al venerable obispo Nectario, pues era Evagrio muy hábil en la dialéctica para hacer frente a toda suerte de herejías⁸.

Aconteció que habiendo sido objeto de gran honor y distinción por toda la ciudad, fue presa de un deseo ardiente por una mujer, según nos contó él mismo más adelante, cuando se sintió ya libre de este pensamiento. También se enamoró de él una dama, que era de una familia muy noble. Pero Evagrio, que temía a Dios y respetaba su propia conciencia, poniendo ante sus ojos la magnitud del deshonor y la alegría malévola de los herejes, ora a Dios suplicándole que le pusiera obstáculos y no sucumbiera a la tentación. Pero la mujer, llena de ardor, no cejaba en su intento, y él, aunque lo deseaba vivamente, no tenía el valor necesario para librarse del yugo de aquella esclavitud.

No mucho después, habiendo insistido en su oración y antes de llegar el momento de la prueba, se le presentó una visión angélica bajo el aspecto de soldados del gobernador; se apoderaron de él, llevándole como a presencia de un tribunal. Lo lanzaron a un lugar llamado “custodia”, donde unos hombres parecieron acercársele, sin decirle el motivo, y le ataron por el cuello y por las manos con esposas y cadenas de hierro. Pero él tenía el íntimo convencimiento de que todo esto lo sufría por causa de aquella mujer, imaginándose que su marido había intervenido en todo.

Entretanto se había instruido otro proceso a causa de cierta acusación y otros delinquentes habían sido sometidos al tormento. Evagrio estaba sobrecogido de temor. Entonces el ángel que había suscitado la visión, se transformó para presentársele como un auténtico amigo. Después de decirle que había sido conducido entre cuarenta condenados que llevaban el grillete, le preguntó: “¿Por qué estás detenido aquí, diácono?” El le respondió: “En verdad que no lo se, pero sospecho que el ex gobernador ha solicitado mi detención, bajo el pretexto de celos injustificados, y me temo que el magistrado, corrompido por el dinero, me imponga un castigo”. El ángel le contestó: “Si escuchas a un amigo, te diré que no te conviene vivir en esta ciudad”. Evagrio respondió: “Si Dios me libra de este trance y me encuentras en Constantinopla, cree que bien merecido me tengo este castigo” A lo cual le contestó el ángel: “Traigo el Evangelio; júrame por él que saldrás de esta ciudad y cuidarás de tu alma, y así te libraré de este infortunio”. En efecto, trajo el Evangelio y juró sobre él de esta suerte: “Excepto el tiempo de un día para trasladar mi equipaje a la nave, no permaneceré más aquí”. Hecho, pues, el juramento, volvió de su éxtasis, se levantó y dijo después de reflexionar: “Aunque el juramento haya tenido lugar durante el éxtasis, he jurado”. Así pues, cargó con todo su equipaje en el navío y partió para Jerusalén.

DIOS PERMITE LOS SUFRIMIENTOS PARA APARTARNOS DEL MAL Y CONDUCIRNOS AL BIEN

En esta ciudad fue acogido por la bienaventurada Melania, de Roma. Pero nuevamente el diablo endureció el corazón de Evagrio

como hicieron un día con el Faraón de Egipto. Como era joven y ardiente, le asaltó de nuevo la duda y sintió cierta vacilación, aunque sin confiar a nadie sus cuitas. Entonces mudó otra vez sus ropas, y la vanagloria se traslucía incluso en su lenguaje.

Pero Dios, que impide nuestra perdición, le sumió en un acceso de fiebre y le hizo caer después postrado por una enfermedad que duró seis meses, extenuando así la carne que tantas tentaciones le causaba.

La bienaventurada Melania, al ver que los médicos ignoraban el diagnóstico y no sabía que remedio aplicarle, le dijo: “Hijo mío, tu enfermedad se prolonga y no me agrada el cariz que va tomando. Dime, ¿qué piensas? La dolencia que te aqueja no es, desde luego, sin permisión divina”. Evagrio se lo confesó todo, y ella le dijo: “Dame palabra, en presencia de Dios, que te consagrarás a la vida monástica; y aun cuando sea yo pecadora, rogaré para que te sea prolongada la vida”. El asintió e hizo la promesa.

HACIA LA MONTAÑA DE NITRIA

Al cabo de unos días sanó. Y restablecido ya, ella misma le mudó los vestidos. Evagrio se encaminó luego a la montaña de Nitria, que se halla en Egipto.

Allí vivió dos años y al tercero se internó en el desierto. Durante los catorce años que vivió en las celdas comía únicamente una libra de pan, y en tres meses consumía un sextario de aceite, y esto lo hacía un hombre que había vivido en la opulencia y en medio de las delicias y placeres. Rezaba cien oraciones y durante el año copiaba sólo por valor de lo que necesitaba para su sustento, pues escribía perfectamente el carácter oxiringo⁹.

En quince años, purificado en alto grado su espíritu, fue considerado digno del don de ciencia, de sabiduría y de discernimiento de espíritus.

Compuso además, para los monjes, tres libros sagrados titulados *Antirrética*¹⁰, en los que trataba de las artes que hay que usar contra los demonios.

El demonio de la lujuria le martirizó sobre manera, según él mismo nos contaba; y cada noche se metía desnudo en un pozo en el corazón del invierno hasta el punto de que sus carnes quedaban heladas.

Otras veces le importunaba también el espíritu de blasfemia, y por eso en treinta días no se albergó bajo techo, de modo que, según nos refería, todo su cuerpo era un hormiguero de insectos como una bestia irracional.

PRUEBAS Y TENTACIONES

Un día comparecieron ante él tres demonios disfrazados de clérigos que le interrogaron acerca de la fe. Uno se llamaba a sí mismo arriano, el otro eunomiano y el tercero apolinarista¹¹; pero los tres fueron vencidos por su sabiduría, por medio de respuestas concisas.

Otro día que se había perdido la llave de la iglesia, hizo la señal de la cruz sobre la cerradura, y empujando con la mano se abrió la puerta después de invocar el nombre de Cristo.

Fue de tal manera probado por los demonios y sufrió tantos vejámenes de parte de ellos que sería imposible traducirlo con palabras.

A uno de sus discípulos le predijo lo que le iba a sobrevenir al cabo de dieciocho años, y se lo profetizó todo según una visión habida. Y añadía: “Desde que vine al desierto no he probado ni lechuga ni ninguna otra legumbre tierna, ni fruta, ni uvas, ni carne, ni he tomado un baño”.

Y más tarde, al cabo de dieciséis años de seguir este régimen de vida sin tomar ninguna comida caliente, la debilidad de su estómago le obligó a comer algún manjar cocido. Pero el pan no lo probó jamás, sino que tomaba verduras, tisana y legumbres secas. Así vivió durante dos años más, hasta que murió en estas condiciones, después de haber comulgado en la fiesta de la Epifanía¹² en la iglesia. Cercano ya a la muerte, nos decía: “Hace tres años que no he sido molestado por ninguna apetencia sensual, después de una vida tan larga, de tantas fatigas, trabajos y oración continua”. Le fue notificada la muerte de su padre y respondió al que se la anunciaba: “Calla, deja de blasfemar, mi padre es inmortal”.

NOTAS

1. Su *curriculum vitae* va de 346 a la epifanía de 399. En 382 abandonó Constantinopla, en donde se había ganado muchos partidarios gracias a su elocuencia, y se

recluyó entre los monjes de los montes de Nitria, donde contrajo amistad con Macario el Egipcio, de quien fue discípulo.

2. SA 4, 13. Durante muchos años se ganó la vida copiando libros. Acusado de origenismo, no nos han quedado sino fragmentos dispersos de sus obras.

3. Villa de Helenoponto, división de la Capadocia, no lejos de un monasterio basiliano.

4. *χωρεπισκοπου*, dice el texto, o sea, *corepiscopo* u obispo coadjutor, pues era como un socio o auxiliar del obispo titular. Tenía cierto derecho de jurisdicción que le confería impartir las órdenes menores. Es sabido que san Basilio contaba con unos cincuenta corepiscopos en su diócesis de Cesarea. Por lo demás, la legislación eclesiástica antigua permitía el matrimonio de los clérigos antes del subdiaconado, lo que sigue en vigor aún en muchos ritos orientales.

5. Ministerio que tenía especialmente una relación directa con el culto y la preparación del bautismo.

6. *ἁπαθηστατοζ*, “muy impasible” literalmente. Una vez más la idea fija de los escritores monjes, que no consiste simplemente en la absoluta insensibilidad de lo que hay en el corazón de más humano, sino en la tranquilidad del espíritu, la serenidad del alma, fruto de la victoria sobre sí mismo.

7. Es el II ecuménico, que se celebró en 381. Condenó a los arrianos y redactó la forma actual del *Credo*. En cuanto a Nectario, fue dieciséis años Patriarca de Constantinopla, de 381/397.

8. Gracias a esa elocuencia y habilidad dialéctica, Evagrio se había granjeado en Constantinopla muchos simpatizantes y una influencia indiscutible entre los jerarcas eclesiásticos, como dice Paladio acerca de Basilio y Gregorio de Nacianzo.

9. Letra caligráfica propia de los caracteres unciales empleada para manuscritos lujosos. Parece que eran más delgadas que anchas.

10. En realidad son ocho libros, que constituyen una colección de textos bíblicos “contra demonios tentadores”, referente a los vicios capitales. (PG. 40, 1271 ss.) Evagrio es uno de los representantes más antiguos de la doctrina de los “ocho vicios”, que más tarde se redujeron a siete. Esta obra, junto con el *Monacixou*, colección de sentencias para los monjes, y *Un espejo para los monjes*, hacen de él el primer escritor de los Padres del Yermo.

11. Arrianos, eunomianos y apolinaristas eran los partidarios de los heresiarcas Arrio, Eunomiano de Cizic y Apolinar de Laodicea, respectivamente.

12. BUTLER (*op. cit.*, II, 245) anota que Paladio asistió a la muerte de Evagrio en 399. Tenía éste cincuenta y cuatro años.

CAPÍTULO XXXIX

PIOR EL EGIPCIO

Pior, joven egipcio, habiendo renunciado al mundo, abandonó el hogar paterno y dio palabra a Dios, en un arranque de celo, que jamás volvería a ver a nadie de su familia ¹. Pues bien, transcurridos cincuenta años, su hermana, ya anciana, habiendo oído que aún vivía, dijo que enloquecía ante el temor de no volver a verle.

Ante la imposibilidad de trasladarse al desierto, suplicó al obispo del lugar que escribiese a los Padres del yermo para que lo mandasen y ella lo pudiese ver de nuevo.

Pior, presionado vivamente, decidió por fin tomar un compañero y partir.

Al llegar a la mansión de su hermana le dio noticia diciendo: “Acaba de llegar tu hermano Pior”. El se mantuvo fuera de la casa, y al conocer por el ruido de la puerta que su anciana hermana salía a su encuentro, cerró los ojos y le dijo en alta voz: “Oye, mira, soy yo, Pior, tu hermano; mírame cuanto quieras”. Y el seguía con los ojos cerrados. Satisfecha entonces aquella, bendijo a Dios. No habiéndole podido persuadir a que entrara en su casa, tornó a su habitación; en cuanto a él, sin haber visto a su hermana, después de orar en el umbral, volvió de nuevo al desierto ².

Se cuenta de él el siguiente milagro: Cavó un pozo en el lugar donde moraba y encontró un agua amargadísima. A pesar de ello permaneció allí hasta su muerte, resignándose con el amargor del agua, y ejercitando con ello su paciencia.

Muchos monjes que después de su muerte rivalizaron para habitar el lugar aquel, no pudieron permanecer un solo año, pues es inhóspito y desapacible, no proporcionando consuelo alguno a sus moradores.

Moisés de Libia, varón de gran mansedumbre y célebre por su caridad, fue agraciado con el don de curaciones. He aquí lo que él mismo me contó:

“En el monasterio, cuando yo era joven, cavamos un pozo profundo de 20 pies de anchura. Trabajando en él ochenta hombres durante tres días, lo vaciamos, llegando a un codo más allá del punto supuesto de la vena de agua, pero no la encontramos. Descorazonados, llegamos a pensar en renunciar a la obra; mas hacia la hora de sexta, hora del bochorno, compareció Pior que venía del gran desierto. Era viejo e iba envuelto en su melote. Nos saluda, y luego nos dice: “¿Por qué os desalentáis, hombres de poca fe? Desde ayer os veo abatidos”. Y habiendo bajado por la escalera al fondo del pozo, oró con ellos, cogió la azada y después del tercer golpe, dijo: “Dios de lo santos patriarcas, haz que el trabajo de tus siervos no sea estéril, antes envía el agua que necesitan”. Y al punto brotó el agua, tanto que quedamos todos empapados”

De nuevo oró y partió. Como le instasen a que se quedara y comiera con ellos, rehusó la invitación, diciendo: “Mi misión está cumplida; no vine para comer”.

NOTAS

1. Véase el cap. X, donde Pior se entrevista con Pambo y lleva consigo provisiones para la comida con objeto de evitarle molestias a éste.

2. En las *Vitae Patrum* ocurren episodios muy parecidos a éste (v. *PL.* I. 9; III, 154, etc.) sobre todo en la vida del célebre san Simeón de Estilita.

CAPÍTULO XL

EFREN, DIACONO DE EDESA

Con seguridad habrás oído hablar de Efrén, diácono de la iglesia de Edesa, pues ha sido uno de los varones dignos de celebridad que deben ser mencionados entre los hombres religiosos ¹. A lo largo de su vida siguió siempre una misma trayectoria, según le guiaba el Espíritu del Señor. Jamás se apartó del camino derecho; por eso le fue concedida la gracia del conocimiento natural, al culminar en la ciencia divina y en la bienaventuranza suprema.

Después de practicar siempre una vida de recogimiento, y habiendo edificado a los que le visitaban durante muchos años, salió de su celda por el motivo que diré.

CARIDAD DE EFRÉN

Hallándose a punto de perecer de hambre la ciudad de Edesa, se compadeció del riesgo que corrían los campesinos, a los que iba diezmando la calamidad. Efrén se presentó a los que abundaban en bienes de fortuna, y les dijo: “¿No os apiadáis de los pobres que están a punto de perecer? ¿O es que más bien dejáis pudrir vuestras riquezas para condenación de vuestras almas?”

Ellos, después de recapacitar un momento, le respondieron: “No tenemos confianza en nadie para que le encarguemos este servicio en pro de los hambrientos, pues todos son traficantes y agentes de negocios”. Entonces les replicó: “¿Qué pensáis de mí?” La opinión general que de Efrén se tenía era, desde luego, favorable y no ficticia, sino verdadera. “Sabemos —le dicen— que eres un varón de Dios”. “Pues

bien, entonces fiaos de mí. Yo mismo, con vuestra ayuda y colaboración, me elijo en director del hospicio”.

Y habiendo recibido dinero, por medio de tabiques hizo la debida separación de los pórticos e instaló en ellos trescientas camas. Cuidaba de los hambrientos, enterraba a los muertos y atendía a los que ofrecían esperanza de vida. En una palabra, dio diariamente hospitalidad, a causa del hambre, y ofreció asistencia a las gentes del país gracias a los recursos que liberalmente le proporcionaban.

Luego, al cabo de un año completo, la abundancia volvió de nuevo y todo el mundo se fue a sus casas. Entonces él, como ya no tenía que hacer ni eran necesarios sus servicios, tornó a su celda y murió al cabo de un mes. Dios le había procurado esta ocasión de gloria y de corona como una preparación inmediata a su tránsito cuando ya estaba al termino de su carrera.

Dejó también muchos escritos, la mayor parte de los cuales son dignos de estudio.

NOTA

1. Efrén de Nísibe, diácono, exegeta y polemista insigne, nació hacia el año 306 y murió en 373. Es el diácono clásico de la Iglesia siríaca. Sus obras de oratoria y, sobre todo, de poesía le conquistaron el título de “Arpa del Espíritu Santo”; es, desde luego, el mejor poeta de Siria.

CAPÍTULO XLI

EJEMPLOS DE SANTAS MUJERES

Hay que mentar también en este libro algunas mujeres varoniles ¹ a quienes Dios otorgó para la lucha idénticas gracias que a los hombres. Así nadie podrá pretextar que son ellas demasiado débiles para la práctica perfecta de la virtud.

Vi muchas y tuve oportunidad de visitar a no pocas doncellas y viudas distinguidas, de mérito excepcional.

Entre otras, conocí a Paula la Romana ², madre de Toxotus, mujer de tacto exquisito en lo espiritual. Sufrió ciertas dificultades a causa de Jerónimo de Dalmacia, pues pudiendo volar más alto que las demás, gracias a sus cualidades nada comunes, le puso trabas con sus celos, después de habérsela atraído a sus miras personales.

Una hija suya por nombre Eustoquio ³ practica actualmente el ascetismo en Belén. Nunca establecí contacto con ella, pero dicen que su castidad es eminente, y tiene un convento con cincuenta vírgenes.

Conocí también a Veneria, esposa del conde Vallovico. Distribuyó con esplendidez cuanto puede llevar de carga un camello ⁴, librándose así de las miserias que motivan las riquezas y bienes materiales.

Me fue dado conocer también a Teodora, esposa de un tribuno. Quedó reducida, porque así lo quiso, a una pobreza tan extrema, que después de haber recibido limosnas, expiró en el monasterio de Hésicas, junto al mar.

Conocí asimismo a una dama que se llamaba Hosia, venerable y distinguida, así como a su hermana Adolia, que vivió de un modo que si no era comparable al de su hermana por su posición social, sí dignamente y en relación con sus medios.

De igual suerte conocí a Basianilla, mujer de Candidiano, comandante del Ejército. Practicó con el mayor celo y fervor la virtud. Hoy es aún afligida con grandes pruebas. Lo mismo a Fótima, virgen en alto grado venerable y conspicua, hija de Teoctisto, el presbítero de las inmediaciones de Laodicea.

En Antioquía tuve ocasión de visitar a una dama muy respetable y de íntima comunicación con Dios: la diaconisa ⁵ Sabiniana, tía de Juan, obispo de Constantinopla.

Vi también en Roma a la bella Asella, virgen que había envejecido en un Monasterio. Era una mujer de una mansedumbre a toda prueba, que mantenía y subvenía a las necesidades de los conventos.

Allí contemplé a hombres y mujeres catequizados recientemente. Visité también a Avita ⁶, digna sierva de Dios, con su esposo Aproniano y su hija Eunomia. Se mostraron tan deseosos de complacer y dar gusto a Dios que públicamente se convirtieron a la vida virtuosa y continente; por eso merecieron morir en Cristo, libres de todo pecado y merecedores, por otra parte, de la ciencia verdadera ⁷. Por todo ello han legado a la posteridad un buen recuerdo de su vida.

NOTAS

1. De muchas de ellas sólo se tienen las noticias que nos da aquí Paladio.

2. Casada con Toxotus, tuvo tres hijos: Toxotus, con quien se vio Paladio en Roma en 405; Eustaquio y Blesilla. Paula practicó la vida monástica en Belén bajo la dirección de san Jerónimo. Este escribió su vida (*PL.* 22, 878). Murió en 404.

3. Noble romana, corresponsal de san Jerónimo (*Epist.* 24, 25), hermana de Marcela, cuya vida escribió también san Jerónimo (*PL.* 22, 1087).

4. Rodeo que expresa que distribuyó tantas riquezas como puede cargar un camello; ahora bien, habida cuenta de la marcha de este animal, se calcula en 480 a 600 kg. la carga que puede llevar en un viaje.

5. San Pablo en *Rm* 16, 1 alude a este orden eclesiástico propio de las mujeres. De acuerdo con su sexo, sus funciones, estaban limitadas a la ayuda de la administración del Bautismo, aparte de otras obras de tipo social o benéfico dentro de la comunidad.

6. El mismo Paladio nos dirá después (cap. 55) que era prima de Melania la joven y sobrina de Melania la vieja. Véase en el lugar citado lo que nos dice con respecto a su marido Aproniano. Este es el mismo a quien Rufino dedicó algunos tratados. En cuanto a Eunomia, hija de ambos, se consagró a la virginidad.

7. γνωση, la *gnosis* o ciencia verdadera en el sentido más profundo y lleno de la palabra, que entraña conocimientos e inteligencia de las cosas de Dios. La *gnosis*, en cambio, que dio lugar al gnosticismo de los primeros siglos de la Iglesia, había sido una mezcla de la cristiana con creencias judaicas y orientales, que pretendían tener un conocimiento intuitivo y misterioso de lo divino.

CAPÍTULO XLII

JULIANO DE EDESA

Oí hablar de un tal Juliano ¹, del país de Edesa, hombre muy dado al ascetismo. Había macerado tanto su cuerpo que no le quedaba sino la piel y los huesos. Hacia los últimos años de su vida fue considerado digno del don de curar a los enfermos.

NOTA

1. De él sólo tenemos las referencias que nos da aquí Paladio. En cuanto a su extremada abstinencia, véase la descripción que nos hace de Elpidio (cap. 48), de quien habla también, como en este caso, por habérselo oído decir a sus discípulos: “mortificó —dice— su cuerpo en tal forma, que el sol brillaba a través de sus huesos”. Véase nota a este lugar acerca de la abstinencia de los monjes de Egipto.

CAPÍTULO XLIII

ADOLIO DE JERUSALEN

Conocí en Jerusalén a un hombre llamado Adolio, natural de Tarsis ¹. Había venido a la Ciudad Santa y anduvo en lo espiritual por un camino no muy frecuentado, es decir, no por el que habíamos seguido la mayoría de nosotros. Más bien se había forjado un género de vida a su talante.

Practicó la ascesis sobre toda ponderación. Así, incluso los mismos demonios se horrorizaban ante su acérrima austeridad, y no se atrevían a acercársele. El exceso de su abstinencia y de sus vigias dio motivo a que se le considerase como a un fantasma ².

Durante la Cuaresma comía solamente cada cinco días, y durante el resto del año, cada dos. Pero su gran práctica era la siguiente:

Entrada la noche, hasta que la comunidad de los hermanos se reunía nuevamente en el oratorio, él permanecía en la montaña de los Olivos, en la cumbre, desde donde se verificó la ascensión de Jesús. Allí se quedaba en pie cantando salmos y rogando. Y aunque nevase, lloviese o granizase, él, impassible, ni se movía ni cambiaba de actitud.

Después, terminado el tiempo de costumbre, llamaba a las celdas de los monjes con un martillo o despertador para reunirlos en los oratorios y entonaba en cada uno de ellos una o dos antífonas ², rezando en su compañía. Luego regresaba, antes del amanecer, a su celda, en tal estado que, a veces, los hermanos tenían que desnudarle, estrujar sus ropas como si acabase de salir de la colada y envolverle en otras. Descansaba entonces hasta la hora de la salmodia ⁴, y luego volvía a hacerlo hasta el anochecer.

Tal fue la virtud de Adolio de Tarsis. Llegó a la perfección en Jerusalén y se durmió en el Señor.

NOTAS

1. Tarsis en Cilicia, Asia Menor, patria de san Pablo (*Ac* 9, 11, 22, 3).
2. φάσμα dice Paladio, o sea, como un espectro (*spectrum*). Con evidente sentido hiperbólico, pues significa un asceta extraordinario cuya austeridad rayaba en lo increíble y “ante quien los mismos demonios se horrorizaban”.
3. Canto antifónico alternado, esto es, forma anticuada (que podía darse tanto en la recitación como en el canto), consistente en la alternancia de la oración entre dos coros o dos partes del coro.
4. O sea, *usque ad horam tertiam*, hasta la hora tercera o de Tercia (*PL* 73, c. 1192).

CAPÍTULO XLIV

INOCENCIO, ASCETA DEL MONTE DE LOS OLIVOS

Lo relativo al bienaventurado Inocencio ¹, presbítero del Monte de los Olivos, seguramente lo habrás oído referir a muchos. También nosotros, que hemos convivido tres años con él, no podemos menos de contarlo.

Era un hombre en extremo sencillo, a pesar de haber sido uno de los altos dignatarios de palacio al principio del reinado de Constantinopla. Luego renunció al mundo y rompió las ataduras del matrimonio, pues le quedaba un hijo llamado Pablo, que se había incorporado a la milicia imperial.

Habiendo éste caído en pecado con la hija de un sacerdote, Inocencio lo maldijo e invocó al Señor diciendo: “Dios mío, dale un espíritu tal que su mísera carne no halle ocasión de pecar”. Creía que era preferible para él luchar contra un demonio que contra la intemperancia. Y así fue Aún hoy se encuentra en el Monte de los Olivos, cargado de hierros ² y atormentado por el espíritu.

Este Inocencio fue tan caritativo (si digo la verdad parecerá que me chanco), que a menudo sustraía cosas a los hermanos para socorrer a los menesterosos.

DIOS ESCUCHA SIEMPRE A LOS LIMPIOS DE CORAZÓN

Fue inocente y sencillo a carta cabal. Y por ello le fue otorgado un poder especial contra los demonios. Una vez, entre otras, fue llevado a su presencia, ante nosotros, un niño paralítico poseído del maligno

espíritu. Yo, al verlo en tan lastimoso estado, quise despedir delante de todos a la madre del desdichado niño, creyendo imposible la curación. Pero el anciano llegó en aquel momento y vio llorando a la desconsolada madre, deplorando él también entonces la triste situación de su hijo.

El viejo no pudo contener las lágrimas y, vivamente conmovido, tomó al niño y entró en su oratorio, que él mismo se había construido (en él se veneran reliquias de San Juan Bautista)³. Y habiendo rogado por él desde la hora de tercia hasta la de nona, devolvió el niño completamente sano a su madre, después de haberle curado la parálisis y expulsado el maligno espíritu. es de notar que su parálisis era de tal naturaleza, que cuando escupía lo hacía sobre sus espaldas, tan encorvado se hallaba.

En otra ocasión una anciana que había perdido un novillo se dirigió a él llorando. Inocencio le dijo: “Indícame el lugar donde lo has perdido”. Ella lo condujo a los alrededores del Lazario⁴. Entonces él, de pie, hizo oración. Mas los muchachos que lo habían robado se anticiparon degollando la res. Ocurrió entonces que mientras él oraba, como nadie se acusara y estando la carne escondida en el viñedo, presentóse un cuervo, tomó un pedazo y volvióse al sitio de procedencia.

El santo varón, que se había dado cuenta de ello, fue a la viña y encontró la res sacrificada. Entonces los jóvenes cayeron a sus pies y confesaron que ellos eran los autores del robo. Por cuya acción se les exigió el precio del animal, así se indemnizó a la pobre anciana.

NOTAS

1. Se le ha identificado con el papa Inocencio I (401/417), pero tal identificación no resiste a la crítica moderna, pues surgen en contra dificultades de monta.

2. Duro trabajo de ascesis, muy común entre los solitarios de Egipto y Siria.

3. Su tumba en Sebaste, Palestina, fue violada por Juliano el Apóstata, según nos informa RUFINO (*Hit. Ecc.*, II, 27, 28). Hizo quemar los huesos y esparcir las cenizas al viento. No obstante, fueron recogidas en parte y llevadas a Alejandría en tiempo de san Atanasio, y honradas por el obispo Teófilo en 385. Sin embargo, la cabeza, por estar separada, no corrió esta suerte.

4. Λαζαριον tumba de Lázaro, que designa a Betania, llamada hoy El-Azarieh.

CAPÍTULO XLV

EL PRESBITERO FILOROMOS

En Galacia encontramos y convivimos largo tiempo con el presbítero Filóromos ¹, varón muy dado a la vida ascética y de una paciencia inquebrantable. Era hijo de madre esclava y de padre libre. Mas dio pruebas de tal nobleza de sentimientos en el transcurso de su vida, siguiendo el ejemplo de Cristo, que los mismos dominadores, desde el punto de vista de la raza, le tenían en gran estima y admiraban su vida y su virtud.

Renunció al mundo por los tiempos del apóstol emperador Juliano ², y le habló abiertamente y con franqueza. Juliano, despechado, le hizo rasurar y abofetear por la chiquillería. Filóromos sufrió con suma paciencia aquel ultraje, llegando al extremo de darles las gracias, como nos refirió él mismo.

“Al principio –nos decía– tuve que entablar una guerra sin cuartel contra la lujuria y la glotonería. Ahuyenté la pasión con la clausura, con el trabajo duro de cargar y descargar pesados hierros y abteníendome de pan de trigo y de todo manjar cocido”.

Sujeto durante dieciocho años a este austero régimen de vida, cantó por fin victoria en loor de Cristo.

Combatido luego de distintas maneras por el espíritu del mal, permaneció durante cuarenta años en un mismo monasterio. Filóromos nos decía: “En treinta y dos años no he probado fruta alguna”.

Una vez que se vio acosado por el miedo y la timidez, se encerró, para vencerlo, seis años en un sepulcro.

El santo obispo Basilio ³, admirado y complacido por su austeridad y reciedumbre de carácter, le tomó bajo su cuidado inmediato.

Aún hoy no ha renunciado a la pluma ni al cuaderno de escritura, a pesar de haber cumplido ya los ochenta años. Y solía decir: “Desde que fui iniciado en los divinos misterios y regenerado en las aguas del bautismo, no he comido el pan de balde, sino que lo he ganado con mis sudores”. Y nos aseguró en confidencia y poniendo a Dios por testigo que había repartido entre los lisiados o tullidos doscientas cincuenta monedas ganadas con el trabajo de sus manos y que jamás había defraudado a nadie.

Fue a Roma a pie para rogar ante la tumba de san Pedro, y anduvo asimismo hasta Alejandría para orar ante el sepulcro de san Marcos.

Luego fue por segunda vez a pie a Alejandría, subviniendo él mismo a sus necesidades. Acostumbraba decir: “No recuerdo haberme alejado nunca de Dios, ni siquiera con el pensamiento”.

NOTAS

1. Paladio tuvo relación de íntima amistad con Filóromos, dada su larga convivencia con él en 412/412. Luego, sería Paladio elevado a la sede de Aspuna en Glacia (en 417).

2. Entró en Constantinopla el 11 de diciembre de 361 y murió el 25 de junio de 363, cuando nacía poco más o menos en Galacia Paladio.

3. No el de Ancyra, depuesto en el Concilio de Constantinopla de 360, sino el de Cesárea, hermano de Gregorio de Nisa y amigo de Gregorio de Nacianzo.

CAPÍTULO XLVI

MELANIA LA ANTIGUA

La muy venerable Melania fue española de origen, luego romana¹. Era hija del ex cónsul Marcelino² y esposa de un alto magistrado, del cual no recuerdo ahora nada a ciencia cierta.

Viuda a los veintidós años, mereció la gracia del amor divino, y a ocultas, por serle imposible hacerlo públicamente, pues gobernaba Valente el imperio, hizo nombrar un tutor para su hijo. Embarcó luego sus muebles en un navío y zarpó a toda prisa para Alejandría, acompañada de jóvenes y damas de la alta sociedad. Allí vendió sus bienes materiales, y después de reducirlo a oro se internó en la montaña de Nitria. Visitó³ a los padres Pambo, Tarcisio, Serapión el Grande, Pafnucio de Escete, Isidoro el Confesor y obispo de Hermópolis, y Dióscoro⁴.

Convivió con ellos medio año, al mismo tiempo que daba una gira por el desierto, visitando a todos los santos. Mas después de esto, el Augustal de Alejandría⁵, desterró a Isidoro, Pissimio, Adelfino, Pafnucio y Pambo, así como a Ammonio, Parotes y a doce obispos y otros tantos presbíteros, y les obligó a ir a Palestina, cerca de Diocesarea. Melania les siguió asistiéndoles con sus propios recursos.

Como estaba prohibido tener quien cuidase de ellos, según se decía —he hablado al respecto con Pissimio. Isidoro, Pafnucio y Ammonio—⁶, Melania vistióse una blusa⁷ de un joven esclavo y de esta manera les llevaba de noche lo que necesitaban.

“SOY ESCLAVA DE CRISTO”

El consular de Palestina se enteró de ello, y queriendo enriquecerse, se imaginó que la iba a atemorizar. La hizo detener y encerrar en

una prisión, ignorando que fuese libre, más ella le declaró: “Soy hija de fulano de tal e hija de tal, pero soy esclava de Cristo. No te sorprenda la vileza de mi apariencia externa, pues puedo realzarme a mí misma, si quiero, y no tendrás entonces ganas de amedrentarme ni de arrebatarme nada de lo que me pertenece. Te advierto esto para que no cometas el error por ignorancia; porque con aquellos que no comprenden, hay que usar de la petulancia de un milano”⁸. Entonces el juez, conociendo las razones que la asistían, trató de sincersarse y le hizo acatamiento; en consecuencia ordenó que sin ser estorbada pudiera visitar a los santos.

Cuando éstos fueron llamados de nuevo y pudiendo regresar del exilio, fundó un monasterio en Jerusalén. Allí vivió veintisiete años en un convento que tenía y en el que habitaban cincuenta vírgenes.

A su lado vivió también el nobilísimo Rufino⁹, italiano, natural de Aquilea, hombre dotado de una firmeza de carácter y de una tenacidad muy semejante a la de ella. Este fue elevado más tarde al sacerdocio. Difícilmente podría hallarse en este siglo otro varón más erudito y al mismo tiempo más modesto que éste.

Ambos dieron hospitalidad, durante estos veintisiete años, a los que por fin piadoso se hallaban de paso en Jerusalén: obispos, monjes y vírgenes.

Contribuyeron a porfía a la edificación religiosa de todos los peregrinos e hicieron volver a la unidad de la fe a cuatrocientos solitarios que vivían adheridos al cisma de Paulino¹⁰.

Así también convirtieron e introdujeron en el seno de la Iglesia a todos los herejes pneumatómicos¹¹, al par que obsequiaban a los clérigos de los alrededores con donativos y alimentos. De esta suerte llegaron a su fin dando un testimonio inequívoco de su religión y acendrada caridad¹².

NOTAS

1. Nació en Roma en 349/350. El “alto dignatario” que nos recuerda aquí el autor es Valerio Máximo, prefecto de Roma, que tuvo de ella tres hijos. Enviado en 373 y murió hacia el 411, cuando Paladio contaba cuarenta y siete años de edad.

2. Rufino y Paulino de Nola, indudablemente mejor informados que nuestro autor y que san Jerónimo, atestiguan que Melania no era hija del cónsul Marcelino (cónsul en 341), sino nieta.

3. Esta visita debe situarse en diciembre de 372 a mayo de 373 (cf. DUCHENSNE II, 510/512).

4. Figuras notables dentro de la pléyade de monjes ilustres que poblaron las soledades de Egipto.

5. Personaje que representaba al emperador en Egipto o especie de gobernador, que se llamaba, antes del año 382, *praefectus Aegypti*.

6. Otros tantos monjes que cayeron víctimas de la persecución antiorigenista, causada por obra y gracia del patriarca Teófilo de Alejandría.

7. El texto dice *χαραχάλλιον*, que traducimos como blusa o túnica pequeña.

8. Ave muy común era venerada entre los antiguos porque se creía que adivinaba, a su modo, el porvenir de los hombres y de las cosas.

9. Adversario de san Jerónimo en cuestiones literarias y eclesiásticas. Paladio le encomia con un superlativo de nobleza y como una gran personalidad científica de su siglo.

10. Se ha supuesto que se trata del conflicto surgido a raíz de Pauliniano, hermano de Jerónimo, ordenado por san Epifanio sin jurisdicción en la diócesis de Juan de Jerusalén.

11. Según ellos, el Espíritu Santo no es más que un ángel de primer orden, es decir, una pura criatura.

12. Paladio cierra el capítulo con esta frase: “llegaron a su fin sin haber escandalizado a nadie” (*μηδενα σχανδαλισαντες*) frase que nos permitimos verter según la interpretación que se desprende del contexto.

CAPÍTULO XLVII

CRONIO Y PAFNUCIO

Cierto Cronio ¹, cerca de una aldea llamada Fenice, midió a partir de su pueblo, que está cerca del desierto, quince mil pasos contados del lado del pie derecho, y allí, después de haber hecho oración, excavó un pozo. Encontró un agua muy buena a unos siete metros de profundidad. Luego construyó allí un pequeño albergue.

El día que se instaló en su residencia pidió a Dios que nunca más le fuera necesario volver a ningún lugar habitado.

Mas, transcurridos algunos años, habiéndose congregado en torno suyo una comunidad de doscientos hombres, fue considerado digno del sacerdocio.

Por lo que se refiere a su vida ascética, uno de los rasgos característicos de su ascetismo era celebrar asiduamente los misterios del altar. Lo hizo durante sesenta años, sin abandonar nunca el desierto ni comer otro pan que el que podía ganar con el trabajo de sus manos.

Juntamente con él vivía un tal Jacob ², de la vecindad, apodado el Cojo. Era un hombre que poseía un alto grado de conocimientos de toda suerte de disciplinas. Ambos eran conocidos por el bienaventurado Antonio.

PAFNUCIO EL "CÉFALO"

Un día compareció también Pafnucio, denominado Céfalo ³, que se asoció con ellos. Poseía este varón el don de ciencia de las Sagradas Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, de tal suerte que

podía interpretarlas desde el principio al fin, sin haber leído jamás una sílaba. Sin embargo, era humilde hasta el punto de no reconocer su virtud y atribuirlo todo a un don profético.

De él se cuenta que durante ochenta años jamás poseyó dos túnicas a la vez.

Al visitarles yo, junto con el bienaventurado Evagrio y Albino, tratábamos de averiguar las causas por las que se pierden, claudican o desfallecen los hermanos en la vida religiosa que un día abrazaron.

Acaeció que justamente durante aquellos días el asceta Queremón quedó muerto en su silla mientras estaba sentado, y con su labor en las manos ⁴. Sucedió también que otro monje, construyendo un pozo se cayó en él, y otro que venía de Escete murió por falta de agua. Y entre otras cosas, era aún un hecho de actualidad la historia de Esteban, caído en vergonzoso libertinaje, y de Eucarpio, de Herón de Alejandría, de Valente de Palestina y de Ptolomeo, el Egipcio de Escete.

Le preguntábamos, pues, cuál era la causa de que hombres que vivían en medio de la soledad se hubieran dejado ofuscar en su espíritu y hubieran caído tan bajo ante los atractivos de la licencia.

ES IMPOSIBLE QUE QUIEN VIVE CON JUSTICIA Y RECTITUD SUCUMBA

Entonces Pafnucio, que era el más instruido y avisado, nos dio esta respuesta:

“Todo lo que acontece se explica por dos causas: la voluntad de Dios y su permisión. Por esto todo lo que se hace por virtud y para gloria de Dios, acontece por voluntad del Cielo; por el contrario, lo que es perjudicial, peligroso, y que es debido a circunstancias difíciles y a desfallecimientos, ocurre por permisión divina. Pero esta permisión es racional; pues es imposible que quien piensa con rectitud y vive con justicia sucumba y caiga en faltas vergonzosas o en extravíos originados por los demonios”.

“Todo aquel que parece practicar la virtud con un fin torcido, como el de halagar a los hombres o por orgullo del pensamiento tiende a deslizarse por la pendiente del pecado. Y esto para su mismo bien, pues Dios le abandona a fin de que, al observar, en virtud de ese abandono, la diferencia que resulta del cambio, corrija su intención no recta. Puesto que unas veces se peca por la intención cuando se inspi-

ra en un mal fin, y otras por acción, cuando se obra de una manera perversa o injusta”.

“Es lo que ocurre también a menudo al vicioso que con intención aviesa da limosna a doncellas con un fin deshonesto; sin embargo, su acción es desde luego buena, en tanto que ayuda a una huérfana, a una monja o a una asceta. Acontece también que damos limosna con recta intención a enfermos, ancianos o personas desvalidas, aunque de una manera más mezquina o como rezogando; en este caso, es recta la intención, pero la acción no es digna de ella; porque hace falta que el hombre compasivo de limosna con alegría y generosidad”.

Añadía aún Pafnucio: “Hay buenas cualidades en muchas almas; en unas, bondad natural de pensamiento; en otras, aptitud para la ascesis. Pero cuando ni la acción ni la bondad natural se producen a causa del bien en sí mismo, y aquellos que poseyendo estas buenas cualidades no las atribuyen a Dios, dador de todo bien, sino a su propio juicio, a su bondad natural y a su talento, esos tales se ven abandonados de Dios. Pero una vez encenegados en prácticas vergonzosas, en la culpa y el deshonor, se desprenden poco a poco, merced a la misma humillación que les acompaña, el orgullo ocasionado por su pretendida virtud”.

BIENAVENTURADOS LOS HUMILDES

“Porque, cuando el orgulloso, envanecido de la elegancia natural de sus discursos, no atribuye a Dios esa elegancia ni el don gratuito de su ciencia, sino a su industria o aplicación, Dios le retira el ángel de su Providencia; entonces el que blasona de su bondad natural es aplastado por el “Adversario” y cae sumido en el abandono a causa de su soberbia, y así, retirado el testimonio del entendimiento, sus palabras se vuelven indignas de crédito y la gente piadosa huye de la enseñanza de aquella boca como de una fuente que tuviera sanguijuelas. Así se cumplen las Escrituras: “Dios ha dicho al pecado: ¿por qué proclamas mis juicios y pones mi alianza en tu boca?”⁶.

“Y es que, en realidad, las almas de los viciosos se parecen a diversas fuentes: los glotones y ebrios, a fuentes cenagosas; otros, avaros y ambiciosos, a fuentes que contienen sapos; otros, envidiosos y soberbios, aunque teniendo disposiciones para la ciencia, a fuentes que son hervideros de serpientes, en las que siempre flota la razón,

pero de donde nadie saca agua por lo amargo de su carácter. Por eso David pedía en la oración tres cosas: “Bondad, disciplina o regla de conducta, y ciencia”⁷. Porque sin la bondad la ciencia es inútil. Y si este tal se corrige, apartándose de lo que fue causa de su abandono, o sea el orgullo, si se humilla y reconoce sus aptitudes sin valerse de ellas contra nadie; si da, en fin, gracias a Dios, entonces la ciencia, acompañada de su testimonio, vuelve de nuevo a él”.

“Puesto que los discursos espirituales que no van respaldados por una vida honesta y sobria son como espigas agostadas por el viento, que tienen la apariencia de tales, pero han sido privadas de savia. Por consiguiente, toda caída que tenga por causa la lengua, los sentidos, las obras o todo el cuerpo, tiene aparejado el abandono de Dios en la medida en que fue causado por la soberbia. Si bien Dios facilita la vuelta al buen camino, y si en medio de su abandono el Señor llega a reconocer la bondad natural de su espíritu otorgándoles la elocuencia, la soberbia suscita diablos que la manchan con su impureza”.

LAS PALABRAS HAN DE ESTAR DE ACUERDO CON LA VIDA

Y aquellos varones nos decían aún: “Cuando veas a alguien de vida irregular, pero de palabra persuasiva, acuérdate del diablo que conversaba con Cristo sirviéndose de la Escritura, y del testimonio que dice: “La serpiente era el animal más prudente de todos los animales de la tierra”⁸. La prudencia le fue más bien perjudicial, pues no iba acompañada de ninguna otra virtud; porque es necesario que el hombre fiel y virtuoso piense en lo que Dios da, diga lo que piensa y haga lo que dice”.

“Porque si los actos de la vida no están en consonancia con la verdad de las palabras, éstas serán, según Job, pan sin sal, que no será comido, o que si lo es, causará desagrado y malestar a los que lo comen”⁹. “Porque, ¿por ventura se comerá pan sin sal, o tal vez habrá algún sabor en los razonamientos vacíos, que no van refrendados por el testimonio de las obras?”

“Entre las causas de este abandono, una tiende a que se revele la virtud oculta, como la de Job, cuando Dios hablaba con él y le decía: no te sustraigas a la prueba a que te someto y cree que lo hago para que te muestres justo y resplandezca tu virtud¹⁰; porque Yo, que penetro los secretos, ya te conocía, y cuando los hombres ignoraban

quién eras y todo el mundo creía que me servías por el afán de riqueza, te he enviado esa prueba privándote de la fortuna, a fin de patentizarles tu agradecida resignación”.

DIOS DA SU GRACIA A LOS HUMILDES

“Existe otra causa de este abandono. Dios lo permite y lo quiere con miras a destruir la soberbia, como en el caso de san Pablo. En efecto, Pablo fue abandonado a toda suerte de contratiempos, ultrajes y diversas tribulaciones, y decía: “Me ha sido dada una espina que está dentro de mi carne, un emisario de Satanás para que me abofetee, para que no me ensoberbezca”¹¹. Tal vez en medio de sus milagros, la inacción, el éxito y la estimación que le merecía su apostolado le habrían lanzado, en alas de la suficiencia, hacia un orgullo diabólico”.

“También fue abandonado el paralítico a causa de sus pecados, como dice Jesús: “He aquí que has sido curado, no peques más”¹². Asimismo fue abandonado Judas, que prefirió el dinero al Verbo y por eso se ahorcó. También fue abandonado Esaú, y cayó en la intemperancia y depravación por haber preferido la vil bazofia a la bendición paterna. Pablo sabía todo esto y por eso dijo: “Y como no han procurado tener a Dios en su conocimiento superior, Dios les ha entregado a su réprobo sentir, que les lleva a cometer torpezas”¹³. Y respecto de otros que parecían tener un conocimiento superior a Dios y al propio tiempo un espíritu corrompido, decía: “Conociendo a Dios, no le han alabado o rendido gracias como a Dios”,. por esto “los entregó a pasiones vergonzosas”¹⁴.

Por todo ello conocemos que es imposible que nadie caiga en la depravación si antes no ha sido abandonado justamente por la Providencia de Dios.

NOTAS

1. Cierto (*tis*) indica bien a las claras que se trata de un nuevo Cronio, y no precisamente de los que ha hablado el autor en los capítulos 7, 21 y 22. Pero no sabemos de qué personaje se trata aquí concretamente.

2. Desconocido también. Es la primera y última vez que ocurre en Paladio. Tampoco aparece mentado en los otros escritores del yermo.

3. Este Pafnucio Cefalás es probablemente el de Escete, citado en el capítulo anterior, llamado también “búfalo” por Casiano (*Col.*, 18, 15), por vivir en los lugares

más recónditos del desierto. Habitaba cerca de Heracle en la Tebaida (*Hist. de los monjes*, PL. 21, c. 16). Por lo demás, el nombre de Pafnucio ocurre a menudo en la literatura monástica de la época, y de ahí la dificultad de precisar a quien se refiere aquí Paladio. Tillemont opinaba que debían identificarse (*Mem.* 10, 722), pero Dom Butler cree, por el contrario, que hay que distinguirlo por lo menos del que menciona la citada *Hist. de los monjes*.

4. Fue el autor de las *Colaciones* o Conferencias 11, 12 y 13 sobre la castidad, de Casiano (véase Colección NEBLÍ, *Colaciones de JUAN CASIANO*, vol. 19/20, Madrid 1953). El obispo de Marsella nos habla de esta asceta concretamente en la *Col.* 11, 4. Según él, murió a los cien años, lo cual hace verosímil el relato de Paladio. En cuanto a Esteban y Eucarpio, no han llegado noticias hasta nosotros. Por lo que afecta a los demás personajes, cf. los caps. 26, 25 y 27, respectivamente.

5. En estas disquisiciones de tipo moral puede apreciarse la analogía de estilo con los pasajes más solemnes de la obra, como el Proemio, el Prólogo y finales de los capítulos 54, 55 y 59. Paladio se pierde en sutilezas que revelan su retórica maleada.

6. *Sl* 49, 16.

7. *Sl* 118, 66.

8. *Gn* 3, 1.

9. *Jb* 6, 6.

10. *Jb* 40, 3-5. Cita libre y parafraseada, como suele hacer Paladio cuando alega los textos de la Escritura.

11. *2 C* 12, 7.

12. *Jn* 5, 14.

13. *Rm* 1, 28.

14. *Rm* 1, 21, 26 ss.